

Olivier Roy

LAS ILUSIONES DEL 11 DE SEPTIEMBRE EL DEBATE ESTRATÉGICO FRENTE AL TERRORISMO

Este libro retoma en gran parte las intervenciones de Olivier Roy en el marco del ciclo de conferencias “Gran Ángulo”, organizado por el Mecenazgo Altadis y La República de las Ideas en junio de 2002.

Este ciclo invita todos los años a una personalidad para que desarrolle durante varios días una reflexión original sobre una cuestión de actualidad, con la única obligación de abrir nuevas perspectivas para calibrar mejor los desafíos y las profundas mutaciones del mundo contemporáneo.

Enriquecer el debate de ideas en Francia dándole una dimensión internacional, abrirlo a reflexiones elaboradas en contextos culturales diferentes: tal es la actitud de los iniciadores del ciclo “Gran Ángulo”. Para comprender mejor el mundo en que vivimos y sus evoluciones.

Introducción

La mayoría de los análisis realizados tras el 11 de septiembre parten del principio de que se trata de un acontecimiento fundante en términos de geoestrategia, comparable por ejemplo a la caída de la URSS. Así, la metáfora de la “guerra” es utilizada por primera vez para calificar tanto un atentado terrorista como la reacción estadounidense que lo siguió. A todas luces, la novedad no radica en el hecho de la amenaza terrorista. Los europeos conviven con ella desde hace décadas y jamás vieron en ello un problema estratégico: Inglaterra logró incluso manejar las campañas del Ejército Republicano Irlandés (IRA) –que produjeron tantas víctimas como el atentado del World Trade Center– como una suerte de operación de policía local cuyo desarrollo prácticamente jamás influyó en las grandes opciones estratégicas y políticas del país. Por supuesto, los terrorismos irlandés o vasco siempre estuvieron limitados en su dimensión territorial, pero los movimientos islámicos o antiimperialistas de los años ochenta (Carlos o Irán) también perpetraron sus actos en un espacio internacional.

La novedad tampoco está en el tipo de terrorismo. La verdadera nueva amenaza terrorista, temida por los analistas, consistiría en la privatización de armas de destrucción masiva (ADM), es decir, su uso por grupos no estatales. Algunos autores ya denunciaron el riesgo de utilización de tales armas por redes terroristas privadas, y hoy proponen formas de prevención y réplicas que salen de la metáfora militar.¹ Sin embargo, el 11 de septiembre sigue siendo un atentado “clásico”. Ciertamente, fue cometido por kamikazes (que, por añadidura, tuvieron mucha suerte), pero los atentados de 1983 y de 1984 contra los

franceses y los estadounidenses en el Líbano también fueron producidos por kamikazes. Además, el desvío simultáneo de aviones es una técnica que data de los años setenta, y el World Trade Center ya había sido blanco de una tentativa de voladura por Al-Qaeda en febrero de 1993. Lo que produce la novedad del 11 de septiembre es que de una sola ojeada se visualiza literalmente lo que podría ser el uso de ADM por un grupo terrorista. Pero la novedad radica en la percepción del peligro, no en su ejecución concreta.

De todos modos, la amenaza era anterior al 11 de septiembre: la organización Al-Qaeda, en su comunicado de 1998, ya había anunciado el desencadenamiento de la *jihad* contra los intereses de los Estados Unidos en el mundo, cosa que ya había ocurrido con otros movimientos terroristas (entre ellos Acción Directa o el grupo griego del 17 de Noviembre). Por ende, no es la decisión de Al-Qaeda de posicionarse en el plano mundial en una guerra total contra los Estados Unidos lo que llevó a éstos a declararse en guerra. Fue el ataque a las instituciones y los símbolos estadounidenses en el mismo corazón del territorio lo que constituye la novedad. El 11 de septiembre es el primer acto de guerra extranjera cometido en el territorio de los Estados Unidos desde la campaña inglesa de 1812; hay que remontarse a la Guerra de Secesión para ver tantas pérdidas en una sola jornada. El gobierno de los Estados Unidos declaró entonces la “guerra contra el terrorismo” y la convirtió en el criterio exclusivo de toda su política exterior: “Los que no están con nosotros están contra nosotros”.

Una segunda dimensión estratégica se abre con el debate sobre las raíces del 11 de septiembre. ¿Tendremos que enfrentarnos con un nuevo espectro que recorrería el mundo occidental, el del “terrorismo internacional”, multiforme, hoy islámico, mañana de otra índole, cada vez mejor equipado, y que, en una estrategia de apocalipsis, no apuntaría a otra cosa que a sembrar la muerte y la destrucción en el mundo de los acomodados, tratando de apoderarse de armas de destrucción masiva? ¿O bien, por el contrario, se trata de una consecuencia directa del conflicto de Medio Oriente, que ve a una juventud árabe, ulcerada por la política estadounidense de estrangulamiento de los pueblos palestino e iraquí, que se alinea bajo la bandera del islam para llevar a cabo un combate desesperado? Los desafíos del debate son claros: si el 11 de septiembre es una consecuencia de las crisis de Medio Oriente, entonces basta con dedicarse a resolverlas y el terrorismo se extinguirá por sí solo. Si se trata de un nuevo fenómeno global y totalmente irracional, entonces, por el contrario, únicamente una política de firmeza e intervención sistemática puede contrarrestarlo. Es esta segunda interpretación la que estructura el discurso oficial de los Estados Unidos que apareció tras el 11 de septiembre: al reconocer que ese terrorismo no es por naturaleza estatal, aunque pueda recibir el apoyo de un Estado hostil, Washington admite que se sale del campo estratégico clásico, el que supone que los actores, incluso en la asimetría, luchan por desafíos que comparten (control de zonas de influencia, riquezas, poblaciones, instrumentos de legitimidad, juegos de alianzas). Esa invisibilidad del adversario permite replantearse más fácilmente el conflicto en términos morales: el derecho y la democracia contra las fuerzas oscuras del mal. En cambio, la opinión pública europea está más ampliamente convencida de la índole estrictamente medio oriental del terrorismo de Al-Qaeda y por lo tanto, de la necesidad de solucionar los dos grandes conflictos en suspenso: Palestina e Irak.

Evidentemente, ambas perspectivas no se excluyen: Al-Qaeda puede al mismo tiempo ser una consecuencia de las crisis de Medio Oriente y prefigurar una nueva forma de terrorismo. Al negarse a analizarlo en relación con Medio Oriente, Washington hizo una elección: lo que corresponde es atacar al terrorismo sin interrogarse sobre sus causas. Elección tanto más fácil por cuanto Estados Unidos, principalmente por motivos de política interior, se niega a cuestionar sus opciones anteriores que habrían conducido a la crisis: respaldo casi incondicional a Israel y voluntad de acabar con Saddam Hussein.

Pero la crítica de una posición tan intransigente también tropieza con un escollo: ¿qué hay para negociar? ¿Una solución al conflicto palestino-israelí acabará con el terrorismo de origen islámico? Nada es menos seguro. El verdadero problema no es saber si hay que negociar con el terrorismo, sino si existe un espacio de negociación. Muchos movimientos hoy honorables comenzaron como movimientos terroristas o fueron obligados a hacerlo: el IRA irlandés, la Irgún en los orígenes del Likud, el Hezbollah libanés, la OLP palestina,* los Tigres Tamules son organizaciones que recurrieron al terrorismo y con quienes sin embargo se negoció, o que, una vez alcanzados sus objetivos, se convirtieron en interlocutores. Si Francia discutió con Irán y el Hezbollah en 1986 para la liberación de los rehenes, no fue por cobardía, sino realmente porque había algo para negociar.

Saber si hay un terrorismo legítimo es un debate falso (porque este debate siempre está conducido o desde el punto de vista del vencedor o a partir de una discusión sobre los valores construida con retroactividad y que olvida que la negociación se hace para lograr la paz, con más frecuencia que la justicia).² En cambio, hay que distinguir entre un terrorismo inscripto en un espacio político que permite la negociación y un terrorismo de ruptura. Lo que hoy se reprocha al ETA vasco** no es tanto ser una organización terrorista como no haber seguido el modelo del IRA, o sea el de la negociación; lo que se pide al ETA es poner fin a la guerra y negociar su pasaje al parlamentarismo, no entregarse a la justicia (lo que sólo será posible en caso de severa derrota). En este sentido, las reticencias de Washington ante la creación de la Corte Penal Internacional también deben leerse como el rechazo a la imposible judicialización del campo político (pero es cierto que los Estados Unidos serían más creíbles si aceptarían aplicar su propio derecho a los prisioneros de Guantánamo).

La cuestión realmente es saber si existe un espacio de negociación, no tanto con Al-Qaeda como organización, sino con aquellos que pueden proyectar en ella sus frustraciones, sus expectativas y su sed de revancha. Por ende, hay en verdad un desafío fundamental en el debate sobre la dimensión medio-oriental del terrorismo o sobre la índole casi metafísica de la amenaza. Nuestra tesis, muy minoritaria, es que las raíces de Al-Qaeda no se encuentran ni en el islam en sí ni en el conflicto actual de Medio Oriente (aunque por supuesto estas dos dimensiones sobredeterminen tanto el discurso sostenido por Al-Qaeda como la interpretación que se hace del movimiento), pero que tampoco dependen de un modelo metafísico y abstracto de nuevo mal. Al-Qaeda está en el punto de inflexión de una radicalización islámica y de una impugnación antiimperialista exacerbada, deslocalizada por la globalización, es decir, desfasada respecto de Medio Oriente y sus conflictos. Pero aquí nuestro objeto no es el análisis de Al-Qaeda sino la manera en que la reacción de los Estados Unidos al 11 de septiembre reestructura (o no) un espacio estratégico, del que no sabemos si figuramos como espectadores, aliados, rehenes o cómplices.

plices. Volvamos pues a un análisis más terrenal. ¿Es posible elaborar efectivamente una estrategia hacia el islam o bien la cuestión está fuera de tema, debido a la heterogeneidad de los fenómenos que se ponen bajo la etiqueta islámica?

Notas:

¹Thérèse Delpech, *Politique du chaos. L'autre face de la mondialisation*, París, La République des Idées/Le Seuil, 2002 [de próx. aparición FCE].

*Organización para la Liberación Palestina

²La aporía sobre las guerras justas siempre tropieza con la cuestión de la amnistía: la amnistía es justa políticamente, pero injusta moralmente. La grandeza de los dirigentes del Sin Fein es haber puesto al IRA en la senda de la paz, al margen de cuál haya podido ser su pasado personal.

** Organización separatista vasca *Euzcadi ta Akatasuna* (Tierra Vasca y Libertad)